

Un carnaval de religiones

Manuel Garrido

El talento de Santayana conjugó, como el de Unamuno, la vena de filósofo con la de poeta, y en ambos casos generó esta segunda vena una poesía predominantemente conceptualista o conceptista, preocupada por el tema religioso. Pero por más de una razón, entre ellas la lingüística, la obra poética de Santayana, a pesar del excelente si bien hace décadas agotado libro sobre ella del poeta español José María Alonso Gamo, es apenas conocida entre nosotros. Si son raros los españoles que no hayan leído el poema unamuniano *El Cristo de Velázquez*, muchísimo más contados son los que siquiera sepan que existe el *Lucifer* de Santayana.

Esta obra no es, hablando en propiedad, un poema en el sentido lírico de la palabra, sino una tragedia en cinco actos, escrita en verso blanco, de inspiración y temática poético-filosóficas. La sustancia de su fábula es, dicho en palabras de quien la urdió, “filosofía transmitida en imágenes”. En su teoría del arte literario Aristóteles enseña, como es bien sabido, que toda tragedia tiene por causa una ignorancia o error de conocimiento. Si la tragedia de Edipo fue no saber que la mujer con la que compartía lecho era su propia madre, la de Lucifer es para Santayana la tragedia del espíritu, que se equivoca, como la filosofía idealista, al creerse absoluto y comete el error de rebelarse contra los insondables poderes naturales de los que depende. La moral que se sigue de esta tragedia es una moral de resignación inteligente que se inclina ante la doble y milenaria verdad predicada por Lucrecio: que es signo de sabiduría esperar la muerte y de debilidad el temerla y que son los átomos los que sobreviven al hombre y no a la inversa.

El contraste entre las dos grandes religiones de Occidente, la pagana y la cristiana, suministra un trasfondo dramático que presta sentimiento y calor a ese mensaje. Y a este fin la imaginación de Santayana pone en libérrima danza un abigarrado y contrapuesto carnaval de figuras de una y otra religión, dibujando junto al perfil de Lucifer el de Mefistóteles y haciendo partir a Hermes, mensajero de Júpiter, con el mismísimo Cristo, mensajero del Dios de los cristianos.

Hermes, el alado dios versátil, mensajero e intérprete, patrón de ladrones y homosexuales, que tanto atrajo a Santayana, es también el inteligente patrón de la hermenéutica, a la que hoy rinden culto legiones de pensadores y

profesores de filosofía. Y la tierra de nadie, entre el Olimpo y el Gólgota, en la que este simpático personaje ha de iniciar, como emisario de Júpiter, sus buenos oficios interpretativos de cotejo de religiones es el gélido y tenebroso retiro, acosado por los vientos y las tempestades, donde Lucifer paga el castigo de su frustrada rebeldía. Sin el poder de seducción de Hermes, nadie hubiera sabido arrancarle al melancólico cautivo el amargo secreto de su condena: que el auténtico motivo desencadenante de su rebelión no lo fue la lujuria, ni la codicia, ni siquiera el ansia de poder, sino la voluntad de verdad y de justicia ante el dolor del universo que las poco creíbles explicaciones de su divino soberano jamás lograron satisfacer. Inesperadamente, por obra y gracia del encanto de Hermes, despierta en Lucifer el sentido de la vida y de la aventura, con la evocación nostálgica de un frondoso paisaje griego animado por los dulces sonidos de la flauta de Pan.

Esta visita, girada por Hermes al inclemente lugar de destierro del ángel caído, es el motivo inicial o preludio de la tragedia *Lucifer*, cuya primera versión castellana, brillantemente realizada por el joven filósofo Fernando Morales, estudioso desde hace varios años del pensamiento de Santayana, inicia con el presente número **limbo**, recién cumplido el siglo de la publicación original de la obra en lengua inglesa*.

NOTAS

**Lucifer: A Theological Tragedy* vio la luz en 1899, a poco de firmar Santayana un contrato de profesor ayudante en la Universidad de Harvard. A la nula recepción de la obra por parte de crítica y público pudo contribuir en no escasa medida su falta de vigor dramático, sin dejar de lado la circunstancia de que eran obras profesoriales y no literarias lo que los círculos de Harvard demandaban a aquel joven y extravagante español a quien excepcionalmente habían admitido como huésped. Decepcionado por el fracaso, Santayana no renegó, sin embargo, de la ambiciosa obra que quiso ser expresión literaria de su concepción filosófica del mundo en las primeras décadas de su carrera de escritor. Poco o nada le ayudó la recensión que él mismo escribió y firmó de su tragedia con las iniciales H.M. en el *Harvard Monthly* de julio de aquel año. Pero un cuarto de siglo después volvería a publicarla, añadiéndole leves correcciones y un prólogo, con el título *Lucifer or the Heavenly Truce: A Theological Tragedy* (1924), y así la incluiría también diez años más tarde en el volumen correspondiente (1936) de la edición *Triton* de sus obras completas. Felizmente, la segunda gran obra de ambición literaria con que quiso dar expresión Santayana en su ancianidad a esa misma concepción del mundo, la novela *El último puritano* (1936), fue un formidable éxito de ventas que pasó a las portadas de los más difundidos semanarios norteamericanos.

Entre 1890 y 1893 probablemente, apenas cumplidos los treinta, compuso Santayana un poema titulado "Lucifer: A Prelude", cuya expansión sería más tarde la tragedia publicada en 1899. Con ese poema coincide el fragmento inicial del primer acto de *Lucifer* que hoy publica **limbo**.